

# EDITORIAL

## HUMO DE LA CABEZA...

**P**or más que en nuestro comentario editorial del mes pasado ya tocamos un tema de economía general, aparentemente no relacionado con la avicultura -aunque sí indirectamente-, las circunstancias en que nos hallamos, al comienzo de un 2011 que no se presenta demasiado halagüeño, justifican que volvamos a las andadas con otras consideraciones de parecida índole.

¿Recuerdan aquellos de nuestros lectores de hace años un "editorial" de enero del 2007 en el que tratábamos de "la competencia más impensable"? Apresurándonos ahora a aclarar que nos referíamos al sector del automóvil, por su creciente papel en la demanda de combustible, clásicamente en forma de gasolina o diesel, pero en los últimos años también en la de etanol o biodiesel, recordaremos que el problema planteado estribaba, y estriba, en su necesidad de unas cantidades crecientes de recursos agrícolas -maíz, caña de azúcar y oleaginosas, principalmente- que, al sustraerse de la alimentación del ganado, terminan por afectar a los precios de todos los alimentos.

El paralelismo de los precios del petróleo y de los alimentos es evidente, bastando echar una ojeada a estos datos:

	Índice de precios los alimentos (FAO)	Precio del petróleo, \$
Años 2005-2007	115 - 125	45 - 65
Crisis del 2008	213	147
Hoy, enero 2011	215	94

Naturalmente, no todo es traducible en una simple ecuación matemática y así, en la crisis desatada actualmente con el precio de los alimentos han intervenido, además, una serie de factores climáticos -sequías, inundaciones y "El Niño"-, las restricciones impuestas por Rusia a la exportación de cereales, la especulación de turno, etc. Pero la cuestión es que, a continuación de los años de "bonanza económica" de mediados de la pasada década y de la crisis alimentaria del 2008, ahora nos encontramos en una más que difícil encrucijada de la cual nos resultará difícil salir.

En lo que respecta al precio de los cereales concretamente, aparte de lo que ya se comenta sobre ello en la sección de piensos de este número, podríamos añadir que según los últimos datos del USDA, la bolsa de Chicago -el principal mercado mundial- ha presenciado como en el último año los de los principales granos y oleaginosas se han elevado entre un 45 % y un 96 %.

A nuestro criterio, la situación es crítica cuando al tremendo incremento de los precios de los cereales le sumamos las perspectivas de la evolución de los costes de la energía y del petróleo -con la de la electricidad subsiguiente, en España- y la inflación que también vuelve a repuntar. Así, no es de extrañar la preocupación del mismo Gobierno español, con su reciente propuesta -a mediados de enero- de creación de un grupo técnico para analizar el precio de los cereales, grupo al que nos atrevemos a augurar que, aparte de recopilar estadísticas -lo que es muy fácil- tal vez les saldrá humo de la cabeza a la hora de aportar soluciones...

Volviendo a los biocombustibles, creemos que han nacido cargados de polémica ya que la materia prima que requieren tiene que competir con los recursos alimenticios de un mundo con más de mil millones de personas que pasan hambre. Y cuando la creciente población de países tan significativos como China, India o Brasil -entre los tres representando el 40 % de la humanidad-, con su creciente poder adquisitivo, requiere más alimentos, es bastante lógico el desequilibrio que ello origina, repercutiendo, en los precios y los stocks mundiales de los granos. Y, por cierto, según el USDA, tales stocks de los principales cereales, excluido el trigo, se hallan ahora, a fin del 2010/ comienzos del 2011, en unos 162 mil millones de toneladas, uno de los niveles más bajos de su historia.

Otro dato interesante al respecto es el que de los dos principales países productores de biocombustibles, Brasil y Estados Unidos, en el 2010 este último destinó el 35 % de su cosecha de maíz a la elaboración de etanol, lo que no deja de representar una merma muy relevante en un país que, por sí solo, produce el 40 % del total mundial de este cereal.

Es posible que ante nuestra crítica a la citada interferencia de los biocombustibles con el coste de la alimentación se podría argumentar que su empleo ayuda a reducir los gases con efecto invernadero. Sin embargo, creemos que esto sería muy discutible teniendo en cuenta la deforestación que ocasionan y la energía utilizada en su elaboración, con lo que muy posiblemente lo que se ha ganado por un lado se ha perdido por otro.

En resumen, coincidiendo con un conocido economista, diríamos que añadir un factor de riesgo, como es la elaboración de biocombustibles, a la producción de alimentos solo se tendría que hacer desde un marco de coordinación global. Sólo bajo este supuesto la producción de biocombustibles podría jugar un papel en la regulación de mercados, asumiendo la función de absorber unos excedentes dentro de unos márgenes convenientes de equilibrio entre la oferta y la demanda. El no verlo así puede provocar una crisis alimentaria sin precedentes en el mundo, de lo cual ya hemos tenido un avance en las revueltas del hambre últimamente aparecidas en algunos países del Magreb...

